Satori

COLECCIÓN FICCIONES

Satori

FELIPE RÍOS BAEZA

RIALTA EDICIONES

D. R. © Felipe Ríos Baeza, 2018

Primera edición: febrero de 2018

Fotografía de cubierta: *Ala sur de La Moneda*, Pepe-Kino Torres, 2017

Publicado bajo el sello RIALTA EDICIONES
Santiago de Querétaro
www.rialta-ed.com

ISBN: 978-607-97438-8-8

Reservados todos los derechos de esta edición para
© Carlos Aníbal Alonso Castilla (RIALTA EDICIONES)
Blvd. Hacienda La Gloria #1700, Hacienda La Gloria, 76177,
Santiago de Querétaro, México

Todo a Paola

Banzan, uno de los discípulos de Bashō, dice que el *satori*, el más alto nivel de realización zen que podemos alcanzar, no es algo que pueda transferirse de una persona a otra. Se trata, pues, de algo absolutamente personal, de una experiencia creativa propia que no es repetible ni transmisible a otros. Según Jimyo, un gran maestro de la dinastía Sung, cualquiera que sea el *satori* que se dice que han tenido miles de maestros, no es el que debe ser; es decir, un *satori* que pueda describirse como tal no es verdaderamente el *satori*, ya que no es una experiencia concreta que pueda destacarse entre los muchos miles de experiencias que uno puede tener. En tal caso, el *satori* sería uno más de los eventos que ocurren en la conciencia humana que son definibles e individualmente diferenciables.

Daisetsu T. Suzuki

Anunciación

Uno tropieza con ellos.

Desafían cualquier idealismo, rompen todo molde natural.

Son anomalías que embellecen y desordenan la cuadrícula de la existencia.

Los tréboles.

Y los recuerdos también.

Canícula

Aún no lo sabe –es demasiado joven, ni siquiera ha salido del colegio, aún no siente en la boca el estupor del primer beso y del primer cigarrillo en serio–, pero Federico Racine acabará postergando por varios años sus deseos de escribir como los escritores que le gustan y que admira, primero porque estudiará a conciencia, aunque ejercerá con menos convicción, una licenciatura en ciencias de la comunicación, y luego porque abandonará Chile y sus modos de ser y hasta su acento ripioso y veloz para abrirse a un destino europeo y latinoamericano que, a fuerza de amagues y gambetas, pero también de jalones en la camiseta y cargas ilegales que ese destino le hará cuando Racine se acelere o ralentice, le enseñará por igual el valor del estoicismo y del cinismo.

Aún no lo sabe y por eso escribe, tratando de sacar adelante en un miércoles de calor soporífero, encerrado en su cuarto con las persianas de madera cerradas y papeles y libros y *cassettes* desperdigados formando figuras imposibles en la alfombra, un cuento en el que una mujer planea el suicidio. Aunque está concentrado, en algún lugar de su cabeza alguien le toca la diana acibarada que avisa que mañana hay que ir al colegio. Ese pensamiento punzante, paranoico, no lo abandonará hasta bien entrada la treintena: mañana hay deberes que hacer; mañana hay que ir al colegio, a la universidad, al

trabajo A, al trabajo B, al trabajo C, fastidiando siempre el momento feliz que está viviendo.

Ahora es miércoles y se encuentra bien y escribe a mano –es 1994, los computadores portátiles en Chile son un artilugio de novela de Arthur C. Clarke–, mientras su madre ve la tele en la planta baja y su viejo escucha a Mozart y Tchaikovsky en el cuarto de al lado. Racine acaba de terminar un libro de Hermann Hesse que le ha movido cosas adentro. Oye a los Beatles, siempre a los Beatles. En su cuento a la mujer se le han agotado las ganas de vivir. Porque sí. A los trece años Racine tiene un desprecio hondo por la causalidad y no explica los motivos de por qué esa mujer está a punto de desmarcarse del mundo. Su letra es redonda y firme. Aún no lo sabe, pero cambiará de letra por lo menos dos o tres veces a lo largo de los años, tratando de emular la caligrafía de algunos profesores que admira y que, en el pizarrón, escriben «Truffaut», «Rembrandt», «Chéjov», mezclando minúsculas y mayúsculas, desuniendo las sílabas, haciendo aquí y allá lo que el psicoanálisis lacaniano le ayudará a reconocer, después, como puntos de almohadillado.

Ese miércoles de canícula escribe sin parar, en un cuaderno Torre de tapas negras, la historia de una mujer llamada Angélica, que mira en la penumbra la luz del vagón de metro que ya se acerca por las vías. La mujer del cuento tiene el mismo cabello lacio y oscuro que Carla, una compañera de curso que le gusta. En cambio, posee los ojos verdes y hundidos de Valeria, otra chica que va dos cursos más arriba. Ese ejercicio cubista le divierte: construir sus personajes con retazos de personas que conoce y ubicarlos en situaciones extremas. De eso, supone, se trata escribir.

Aún no lo sabe, pero buena parte de sus narraciones –donde salen nadadores, auxiliares de limpieza, chicas góticas, poetas perdidos, gente que se conoce y desconoce en el metro– no las escribirá allí, en ese cuarto pequeño y caluroso de la calle Walter Scott de Santiago de Chile, sino en la casa de verano que sus

padres se construirán cinco o seis años después en Tunquén, un balneario cerca de la bahía de Algarrobo, y luego en ciudades que le hechizarán y le darán miedo por igual: Barcelona, Praga, México D. F., Bruselas, Puebla, Madrid, Querétaro. Tunquén le permitirá, de hecho, borronear cuatro cuadernos parecidos a ese que ahora arruga y vuelve a alisar para su narración de la suicida, armando una primera novela que tendrá deudas más que evidentes con «El dragón y la princesa» –esa angustiosa primera parte de *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato– y con *El amor en los tiempos del cólera*, de García Márquez, libros que leerá en la fresca terraza de Tunquén , a principios del tercer milenio.

Ese miércoles que redacta en su cuaderno Torre la historia de su Frankestein no es capaz de saberlo, pero alrededor de esa casa que sus padres se harán en Tunquén no habrá nada, y Racine aprenderá el pueril oficio del aburrimiento. La playa más cercana quedará a treinta kilómetros en auto, y si bien su viejo construirá en su casa una hermosa piscina rectangular, nadará poco allí porque cada mañana y cada tarde habrá que purgarla de algas e insectos de todo tipo: moscas azules, escarabajos de caparazón plateado, moscardones zumbadores. Cuando se bloquee al escribir, oirá esos moscardones e imaginará guitarristas de flamenco. Dirá que es una comparación antojadiza, pero en Tunquén las ocurrencias tenderán a condensarse. Como el silencio será casi total, allí escribirá con más soltura y, sobre todo, leerá. A camionadas. Aunque Tunquén no sea más que un puñado de sitios eriazos que nunca acabarán de poblarse, tendrá en ese balneario la posibilidad de fatigar bibliotecas.

En sus primeros veranos leerá cien páginas diarias de *Los miserables*, de Victor Hugo, un libro que en Santiago, al observar su lomo dormido en los estantes, le llenará de angustia. «Nunca voy a terminarlo», pensará, pero en Tunquén su aceleración lectora le conmoverá. Le bastará con recostarse al sol con un vaso de

cerveza helada y empezar la lectura. Cuando sienta que ya no hay concentración, se dará un chapuzón en la piscina, creyéndose el memorable personaje de John Cheever, y luego volverá a abrir los libros.

Victor Hugo le parecerá un narrador distinto, tan distinto que decidirá leer hasta la última línea de ese libro para no escribir como él. Primero, por inalcanzable. Y segundo, porque creerá que nunca la compasión y la empatía le crecerán en el pecho así como le crecían a Victor Hugo. Él nunca modelará personajes de ese corte ni tampoco inventará historias de amor que terminen con música orquestal y puestas de sol, ni creerá demasiado en adherirse a una revolución tricolor y puntillosa.

Leerá *Los miserables* ahí en Tunquén, y mientras lo lee creerá estar enamorado. Ya no de la chica de cabellos lacios y oscuros, sino de otra chica, de cabello y ojos castaños que ve el mundo a través del visor y los anillos de enfoque de una Xerox. Preso de esa carencia que supone estar enamorado, tomará una hoja en blanco y citará a Hugo con total soltura en una carta para la fotógrafa: «Los amantes separados engañan la ausencia con mil quimeras que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse; no pueden escribirse; pero tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, de la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor.»

No tendrá acuse de recibo, y durante su adolescencia, como los personajes de Dostoievski y de Murakami, jugará a ser desdichado. Antes le era fácil conmoverse con cosas así. Un poema de Vallejo al pasar, la canción melosa de la radio con aroma a venas cortadas. Pero irá curtiéndose, o mintiéndose, o mintiendo; no caerá tan fácil en la trampa, le costará más creer que cosas así puedan suceder, y el canto de los pájaros ya no resultará una

señal elevada, sino una molestia cuando, después de una resaca de cerveza y whisky con los amigos, sólo querrá dormir el domingo hasta las doce.

Aún no lo sabe, pero luego, en Barcelona, escribirá un puñado de cuentos que le darán infinito pudor y que guardará con pena en la carpeta «Mis documentos» de su primera laptop, para enfocarse en hacer una investigación concienzuda sobre Enrique Vila-Matas. Esto será diez o doce años después del momento actual en que escribe el cuento suicida, preso por la canícula y el arrobo creativo; será en 2005 o 2006 cuando la cara se le llene de estupor al descubrir que Vila-Matas ha ambientado un pedazo de una de sus novelas más conocidas, *El mal de Montano*, en Tunquén. Leerá, pasmado, que el narrador de dicha novela decidirá irse a Chile a pasar el último año nuevo del milenio, junto a una amiga aviadora y al que describe como el hombre más feo del mundo: Felipe Tongoy. Vila-Matas, metido en su heterónimo Rosario Girondo, deambulará una noche por las parcelas de Tunquén y se detendrá a espiar lo que supone es un grupo de jóvenes que animan la noche con algarabía y licor. Al acercarse, verá que sólo se trata de un grupo de viejos patéticos recordando mejores épocas.

Desde entonces, Tunquén ya no tendrá la imagen apacible que Racine, a distancia, se empeñará en construir con el recuerdo de los primeros veranos. Se dará cuenta, con veintitantos en el cuerpo, de que es un viejo, que se volvió un anciano con un pasado defectuoso en aquella hostilidad de sol ardiente, libros atrasados y dos canales mal sintonizados en la tele. Tal como el aire pampino curte la piel de los mineros en el norte, los vientos que vendrán desde la bahía de Algarrobo lo comprimirán con suavidad, lo endurecerán sólo por fuera, y después de todo, después del verano y los libros y la melancolía, si algo habrá que de verdad le aniquile cualquier estímulo será que la piel le huela a quemado y a crema *after sun*. Se mirará en el espejo de su pequeño cuarto de alquiler del Carrer de

Nicaragua, en 2006, en Barcelona; se mirará en el espejo de cuerpo entero de su casa de la calle Eurípides de Querétaro, en 2017, y le atribuirá a los veranos chilenos esas arrugas en los ojos y esos carrillos colgantes.

Aún no lo sabe –Racine sigue, en 1994, describiendo el modo en el cual la mujer, Angélica, piensa arrojarse con precisión a las vías del metro–, pero cuando en Barcelona conozca a una poblana y se case con ella y se mude a México, en el cajón del velador de una de sus múltiples casas aparecerá un olvidado álbum de fotos. En la portada de cartón estará escrito «Tunquén», con tinta azul y trazos ya no redondos sino pequeños y nerviosos. La primera fotografía del álbum será una donde aparece sonriente, con un gorro con la visera hacia atrás y una polera sin mangas. A su lado, de lentes oscuros, estará su madre. Recordará que, por las tardes, su madre reunía hojas secas y las quemaba en la acera, en una escena muy teilleriana: «Para otro van a amasar pan las hermanas esta noche./ Para otro contarán historias/ los que encienden hogueras en los barbechos.» Más que el sur de Chile, Teillier le recordará siempre el litoral central. Era en Tunquén donde se aparecían perros vagabundos cada vez que su madre abría la puerta. «¡Mat'e cambiar!», les gritaba, pero luego se conmovía y les juntaba los restos de la cena del día anterior. También recordará que en Tunquén los gatos se ponían en los marcos de las ventanas, con los ojos cerrados, sin rebajarse a pedir comida cuando su madre dormía su siesta sagrada. Tendrá, entonces, un recuerdo matrioshka, uno dentro de otro: se verá a sí mismo con cuatro o cinco años, acostándose a dormir la siesta al lado de su madre. Y se recordará luego, ya más grande, esperando a que su madre se duerma para juntarle la puerta y salir sigilosamente de la habitación.

Aún no lo sabe, pero en su última visita a Chile no alcanzará a verla. Su madre, que fue matrona en hospitales rurales, que era capaz de arreglar los peores desarreglos domésticos, que probable-

mente se sabía ochocientas historias que Racine oía sin aburrirse, había drenado en soledad su admirable energía.

Racine sentirá pánico en esos últimos regresos. Su madre siempre ha estado: es imposible que de un momento a otro desaparezca. En Tunquén, su madre fue capaz de armar con maderos disparejos unas bancas fabulosas. Racine barnizó esas tablas y, por supuesto, sus cualidades de pintor de brocha gorda no le hicieron honor a la obra. El talento que le faltará para las maestranzas lo pagará palabra a palabra, martillando en el teclado, haciendo trabajo fino con espátula en las páginas, construyendo poco y destruyendo mucho. Por eso el pánico: dudará que pueda hacerle honor a tamaña herencia materna.

Muchos años después, cuando hacia el 2034 o 2035 regrese a Chile, tendrá la sensación de que no ha aprendido nada, de que no ha avanzado, y de que estará todavía escribiendo el cuento de la mujer suicida en ese cuarto de casa de sus padres.

Aún no lo sabe, pero ese miércoles de calor aplastante de 1994 será el momento preciso en que muchas cosas se le abran por dentro.

Los años se las cerrarán.

Los años volverán a abrírselas.

Cumpleaños

Lo que más recuerda de su décimo cumpleaños es la sensación de estar entrando y saliendo del agua. En un momento pierde la cuenta de las veces que lo ha intentado. Sale de la piscina, se acerca a la orilla con el pelo escurriendo y el traje de baño rojo pegado a los muslos, y trata de ejecutar un clavado perfecto. Algo falla. En lugar de la punta de los dedos, son su cara y su tórax los que chocan con el agua.

No deja de intentarlo. Como un autómata sale de la piscina, estira los brazos, se impulsa y falla.

Su madre lo ha vigilado durante todo el verano desde la ventana de la cocina, pero esa tarde no se asoma.

Con las plantas de los pies chapoteando en el borde, intenta otra vez sumergirse correctamente. Se lanza. Se hunde mal. La piel ya empieza a dolerle por los impactos.

Entonces su madre lo llama por su nombre completo. Más que una orden parece una disculpa. Sale de la piscina y se encuentra de frente con un hombre de terno y camisa blanca. La corbata tiene el nudo mal hecho y él lo nota. Se queda mirándole bajo el umbral de la puerta que conecta la cocina con el patio.

—Qué grande estás...

El hombre no sabe qué hacer con las manos. Se toca las uñas, se arranca los padrastros. El niño se queda inmóvil y siente cómo las

gotas de agua delinean las formas de su cuerpo, cayendo irregulares sobre el suelo de piedra. El sol es un estorbo, así que hace visera con una mano. No necesita enfocar demasiado. En el rostro gris y gordo del hombre descubre una versión avejentada de sí mismo. Son sus ojos, son sus labios, pero más trizados por el tiempo y la tristeza.

—Feliz cumpleaños –dice el hombre, y se dispone a sacar algo del bolsillo del terno.

—¿Vas a quedarte esta vez? –pregunta el niño.

Ahora es el hombre quien parece un niño, y se voltea para encontrar amparo en la madre. Va a hablar, seguro de su respuesta, pero suspira. Vuelve a mirarla. La mujer esconde la cara.

Guardan un tenso silencio, hasta que el niño se encoge de hombros y le da la espalda. El hombre lo mira y cree entrever, desde los omóplatos, dos aguijones negros a punto de brotar.

El niño alza los brazos y sus índices se tocan allá arriba. Se impulsa con un brinco y se sumerge recto como una lanza, sin salpicar una sola gota.

1995

Era 1995 y todo pasaba muy rápido. Yo tenía catorce años cuando me bajé por primera vez, solo, en la estación Los Leones de la línea 1 del metro de Santiago. El trayecto que debía cumplir diariamente –el imperativo kantiano de mamá y papá– era el que conectaba la estación Escuela Militar con la estación Salvador, de ida y de vuelta. Me subía al primer vagón, a las siete y cuarto de la mañana, y me bajaba del último a las dos y media de la tarde; de lunes a viernes, lloviendo o con sol. Era un deber ser al que no ponía muchos reparos. Pero Marcos, mi mejor amigo de entonces y de siempre, me había dicho que Providencia era el epicentro del mundo. Que en Providencia había reventado toda una movida genial para enfermos como nosotros. Que un día teníamos que hacer la cimarra juntos, tomar el metro y bajarnos en Los Leones para visitar el subterráneo del Paseo Las Palmas y las tiendas del Portal Lyon, justo enfrente.

Marcos tenía un primo más grande que un sábado lo llevó a Providencia en auto. El lunes, nos contó. Había alucinado en las tiendas de videojuegos, de *death metal* y de cine bizarro. Los relatos de Marcos no tenían desperdicio: eran gotas medicinales que abrían el oído y que, una vez en soledad, se derramaban y se expandían por todo el cerebro. Mientras oía esos relatos, pensaba en una

escapada en solitario. Yo, que era el camello de Nietzsche, estuve planeando mi transformación con detenimiento. En el trayecto Escuela Militar - Salvador - Escuela Militar maquinaba bajarme en Los Leones y dar la vuelta por ahí, iniciar desde cualquier punto de esa tierra de Mordor el camino del diamante y del gran sello. Me imaginaba saliendo antes del colegio, o definitivamente faltando a clases, para recorrer esas tiendas que tenían nombres luminosos: Gore Store, Fílmico, Sniper, Japanimation... Pensaba, como si mi pensamiento fuese ya un recuerdo, en sus escaparates coloridos, en las figuras de acción y las películas importadas que podrían vender.

A veces, despatarrado en un asiento naranja o apoyado en el tubo metálico del metro, me encontraba con algún compañero de curso, de esos que también respetaban el imperativo categórico de mamá y papá para llegar a tiempo a casa. El Cabezón del Valle, por ejemplo, que se bajaba en El Golf; o el Mono Segovia, que se subía en Tobalaba. Ninguno tiene mucha importancia en esta historia. Nadie nunca nos enseñó a darnos importancia para historia alguna: simplemente éramos compañeros de curso, y después de terminada la enseñanza media sabíamos, sin pesar, que acabaríamos tomando rumbos distintos. Lo que vivíamos entonces era un tránsito hacia otra cosa. No quedaba más que esperar la teletransportación hacia la universidad y luego a cualquier trabajo que permitiera arrendar un departamento y pagarse los vicios.

Con Del Valle, con Segovia y los demás nos saludábamos sin contacto físico. Hablábamos a susurros. El ruido que hacían los rieles del metro y el aire que se colaba por las ventanillas no nos dejaban hacer otra cosa.

En cualquier caso, yo prefería viajar solo. En el trayecto de esas ocho estaciones escuchaba, en un *walkman* Sony todo rayado, las bandas que iba descubriendo, mientras me afanaba para pasar de camello a león, como pregonaba Zaratustra en el desierto. Me gustaba un programa de radio que pasaban en la estación Rock & Pop

los domingos por la noche. Lo dejaba grabando en esos *cassettes* Maxell que mi mamá compraba por cajas en el supermercado, y luego lo oía en la semana. El programa se llamaba *Devórame otra vez*, con Rodrigo Díaz, un erudito del rock que se mandaba dos horas de especial musical, hablando sin papeles de la historia del grupo o del solista de ocasión. Rodrigo Díaz era un *crack*. Aún debo tener en casa de mis papás los *cassettes* con los especiales que armó sobre Fito, los Clash y Bob Marley & The Wailers. Escuchen esto, escuchen esto otro, decía, con su voz inconfundible, fresca y bien timbrada, y yo imaginaba que me bajaba en Los Leones y caminaba hacia la Billboard, una tienda que quedaba en Providencia con Guardia Vieja, para comprobar si llegaban a Chile todos esos rubíes y zafiros musicales que Díaz recomendaba.

¿Qué se habrán hecho todos esos locutores? ¿Qué habrá pasado con todos esos personajes en los que creíamos? Éter puro. Ahora que median veinte años entre esta vivencia y el momento en que la rememoro –es un miércoles cualquiera de agosto del 2017, cerca de las once de la mañana; escucho un disco de Slayer, sentado en el pequeño despacho que me dio la universidad para trabajar y atender alumnos–, ahora, dos décadas después, pienso que hurgar en el pasado es meter el brazo en una materia viscosa. Se te pegan algunos recuerdos; otros se resbalan sin remedio.

No me acuerdo de la cara de muchos de mis compañeros. Sin embargo, permaneció latente en mí la sensación increíble de preparar con cuidado el piñazo que le iba a dar al imperativo kantiano. Después, cuando Guillermo Fernández, profesor de filosofía de la universidad, nos dio a leer textos magníficos –entre ellos el *Zaratustra*– pude poner en palabras lo que sentí esa vez, a los catorce años, bajándome en Los Leones de manera tan abrupta como indebida: «¿Cuál es el gran dragón, al que el espíritu no quiere llamar ya señor ni dios? El gran dragón se llama: "Tú debes". Pero el espíritu del león dice "yo quiero".»

¡La puta madre que lo parió! ¡Esa frase fue un mantra, la llave maestra para la emancipación!

Entonces me bajé.

Era junio de 1995. Hacía un frío polar que se colaba por los cierres de la parka, pero igual me bajé.

Me dejé arrastrar por el tumulto escaleras arriba. Se abrió ante mis ojos un centro comercial al aire libre, lleno de tiendas tipo zona franca. A un costado, un viejo vendía, en una bandejita, maní confitado y chicles. Había quioscos con diarios de titulares en letra roja. Mucho ruido de tráfico. Mucha micro amarilla. Parpadeé para concentrarme. Salí, con el tumulto, hacia la calle. Un río de gente que iba se encontraba con otro río de gente que venía. Se chocaban o se esquivaban, sin importarles nada, metidos como estaban en el pantano de sus cabezas. Nadie parecía estar concentrado en ese momento específico, y eso me alucinó. La gente tenía su cuerpo en esta dimensión, pero su cabeza habitaba una dimensión paralela, acaso más estimulante.

Es cierto eso de la disociación del cuerpo y el espíritu: ahora mismo vivo en 1995 y mi cuerpo se expande en una silla que permanece quieta en el 2017. El calendario, en realidad, es un invento, y el tiempo es todo menos lo que marcan los relojes. ¡Estábamos equivocados y el único con la verdad ardiendo en las manos era ese bigotón histérico! Yo con catorce no lo sabía; lo sabría cinco años más tarde, en las clases del Memo Fernández: «Al eterno reloj de arena de la existencia se lo da vuelta una y otra vez, y a ti con él.»

Una vez que los ríos profundos de gente me dejaron en la vereda contraria, miré hacia arriba. Las letras verticales del Portal Lyon parecían venírseme encima, como una gran cruz de parroquia. En los años ochenta algún arquitecto visionario pobló Santiago de centros comerciales en forma de caracol. En los noventa algunos sobrevivían con *boutiques* y hamburgueserías. Otros, gracias a los cafés con piernas. Este, en cambio, refulgía de lejos. Estaba

cargado de una energía brutal, que sentí apenas puse un pie en su dirección. Me quité la camisa blanca del colegio para quedar con una polera sencilla, negra, de los Ramones. Me detuve en la entrada y observé complacido la fauna local. Parecía como si estuvieran esperándome. A pesar de no haber cruzado nunca una palabra con ninguno de los orcos y goblins que bullían por las tiendas de animación japonesa, de *tatoos* y de cine bizarro, logré percibir los cables poderosos que unían mi cabeza con la de ellos.

Había unos tipos en el subterráneo, frente a Gore Store, sentados en el suelo, repartiendo cartas de Magic. Otros, más arriba, escuchaban concentrados sin poder creer lo bueno que era el nuevo disco de Cradle of Filth. Más allá, dos muchachos con la batiseñal en sus poleras salían con los ojos desorbitados de una tienda: habían comprado, probablemente a precio de oro, la figura coleccionable del Señor de la Noche diseñada por Frank Miller. Más arriba aún, una chica con la piel entintada, verde, negra y roja, le dibujaba a otra, sentada a horcajadas en una silla, unas tétricas alas de libélula en la nuca.

Subí y bajé por ese caracol. Volví a subir y volví a bajar. Quinientas veces.

Con el dinero del almuerzo me compré, en la tienda Psycho del buen Gian Paulo de Sinis, la primera película de la que sería mi extensa colección de cine de terror: *Suspiria*, de Dario Argento. Metí el VHS en la mochila y con lo que me quedó compré en otra tienda un *cassette*, *Violent Revolution*, de Kreator (por la carátula, lo reconozco). Qué tremendo alucine fue ver *Suspiria*, sobre todo la escena en la que Eva Axén traspasa con su rostro una ventana. La vi por segunda, quinta, undécima vez con Marcos, quien tampoco podía creer que nos estuviéramos perdiendo todo ese fascinante cine italiano por culpa de esa ola de mierda que tenía a Meg Ryan y Adam Sandler en su cresta. Junto con esas *chic-flick* llegaron las nuevas cadenas de cine, los Hoyts, centros comerciales

en sí mismos que otro arquitecto visionario plantó aquí y allá para el Chile que se nos venía.

De regreso en el metro, una hora después de lo que dictaba el imperativo kantiano, puse en mi *walkman* el *cassette* de Kreator. El *riff* de guitarra de «Reconquering the Throne» fue definitivo. Cerré los ojos y me apoyé en la baranda del vagón que me llevaría, seguro y contento, hacia el regaño de mamá.

Estuve perdido en mí y en esos sonidos por otras dos o tres canciones, hasta que acabó la que daba título al disco. Al abrir los ojos, miré hacia abajo. Entonces la vi allí, sentada en el suelo del vagón, acomodándose el pelo negrísimo detrás de la oreja. Estiraba los labios, perdida igual que yo en la jungla de su cerebro, mientras trazaba una especie de historieta al inicio y libélulas de todos los tamaños al final de un bloc que descansaba sobre sus gruesos muslos.

Libélula.

Quién si no, con ese tatuaje de alas en la nuca.

Debía tener unos diecisiete o dieciocho años. Y era ella: la chica del Portal Lyon, la que se estaba tatuando en verde y negro las alas nervudas de aquel bicho y que ahora no despegaba los ojos y el lápiz de su bloc. La miré fijo por varios minutos. No me acuerdo de la cara de muchos de mis profesores, pero en cambio recuerdo, ahora en el 2017, haber pensado con intensidad que la compulsión de esa chica por dibujar era más honda y complicada de lo que parecía. Tal vez creyera, de verdad, que al terminar de retratar esos personajes de cómic y esas libélulas acabarían también sus respiros, su tiempo de vida en el mundo, y por eso no se detenía bajo ninguna circunstancia.

La miré otra vez y vi cómo se demoraba en los filamentos de unas alas que sombreaba con maestría. Pensé que esa libélula era hija única, como yo, y que como yo se sentía más protegida dentro de su cabeza que aquí afuera.

De pronto, sentí cómo mis labios se despegaban. Temblé. Por primera vez en muchísimo tiempo de mi boca no saldría un graznido o un ladrido. Me sorprendí: de mi garganta sobrevendría solo, sin mi voluntad, un sencillo y asertivo hola. Pero un quejido me atoró el saludo en el cuello.

La libélula lo notó y volteó la cabeza. Nos miramos. Nos levantamos las cejas. Ella regresó a pintar alas y rostros. Yo regresé a la pesadumbre habitual, sin saber si aquello había ocurrido afuera o adentro de mi cabeza.

Quizás no fue real. Pero fue real el estremecimiento que sentí al intentar hablarle.

He pensado, a veces, que lo que pude sentir después con las mujeres que fueron apareciendo como luciérnagas en mi camino pasó por el filtro inconsciente de ese estremecimiento inicial.

La ensoñación se fisuró por la voz pesada que desde los parlantes del metro anunciaba la estación Escuela Militar.

Me eché la mochila al hombro y hui del vagón.

Índice

Anunciación 11
Canícula 13
Cumpleaños 21
1995 23
Pierrot 31
Escarabajos 39
Aseo 45
Magisterios 47
Libélula 55
Hastío 61
Lavanderas 65
Toty 69
Heartbreak 71
Kippel 79
Celeste 87
Ozen 93
Tridente 103
Vías 113
Despedida 121
Sinopsis 125
Indiscreción 129

Solvay 135
Monigotes 143
Diferenciales 151
Victoria 159
Hormigas 165
Dojang 167
Arpegio 171
Sepelio 185
Trébol 193

Coda 201